

Zozobras de un ilustrado

DON JOSE SOMOZA, EL "LIBREPENSADOR" DE PIEDRAHITA

«Estoy leyendo con gran gusto su colección "La prosa española del siglo XIX", y me ha tenido clavado sobre el maravilloso Somoza, que admiro cada vez más».

Juan Ramón Jiménez:
Carta a Max Aub (22-I-1953).

AUNQUE hoy casi completamente olvidado (1), pues ni siquiera su tumba, en el ruinoso cementerio de Piedrahita, conserva, como luego detallaré, lápida alguna ni inscripción que re-

ta estimado, «volteriano penitente», como le llamaba Menéndez y Pelayo en sus *Heterodoxos*, que creía a pie juntillas en el progreso indefinido y en la transmigración de las almas. Fue también gran amigo de la duquesa de Alba, María Teresa Cayetana, y de los principales personajes —poetas, artistas— que ésta solía invitar los veranos en su hermoso palacio de Piedrahita, entre ellos, Jovellanos, Quintana, Meléndez, Cienfuegos, Máiquez y, por supuesto, Goya, que la pintó varias

veces; el grande estanque estaba encenagado, y había cesado el murmullo de la casa de agua. Subí las gradas, que no eran ya sino un montón de sillares desencajados, y me estremecí al hallarme en el salón del palacio. Allí donde habían sido los conciertos, las risas, la concurrencia de los mejores ingenios y talentos de España, ya sólo se escuchaba el roer de los insectos que carcomían los techos, y el bramido de los vientos que, entrando en los subterráneos, hacía re-

que Azorín nos describe con detalle. En esa casa vivió casi toda su vida, y en ella quiso morir, en paz con su conciencia y con su pueblo. Lo curioso es que el pacífico Somoza, «pequeño Montaigne de aldea, suavemente epicúreo e ingenuamente progresista» —como le define Jiménez Lozano—, fue en su juventud, mientras cursaba estudios en la Universidad de Salamanca, «un estudiante perdulario y dado al trato de toreros y gente del bronce». El mismo lo reconoce en su



Plaza principal de Piedrahita con el Ayuntamiento.



Cementerio de Piedrahita, donde está enterrado Somoza.

cuerde que allí se guardan sus restos, José Somoza, a quien el cuáquero y bibliófilo don Luis Usoz llamaba «el librepensador de Piedrahita», fue en su tiempo un poe-

veces, y por quien la duquesa sentía un sentimiento mucho más apasionado que la simple admiración. El propio Somoza, en una página de sus *Memorias de Piedrahita*, recuerda cuando visitó, en 1811, las ruinas del palacio, destruido en la guerra de la Independencia; «Entré en sus jardines por la puerta de hierro, que ya no existía. Por el puente elíptico llamado de las Azucenas bajé a la calle de los grandes chopos. Las fuentes ya no co-

tumban bajo mis pies el pavimento» (2).

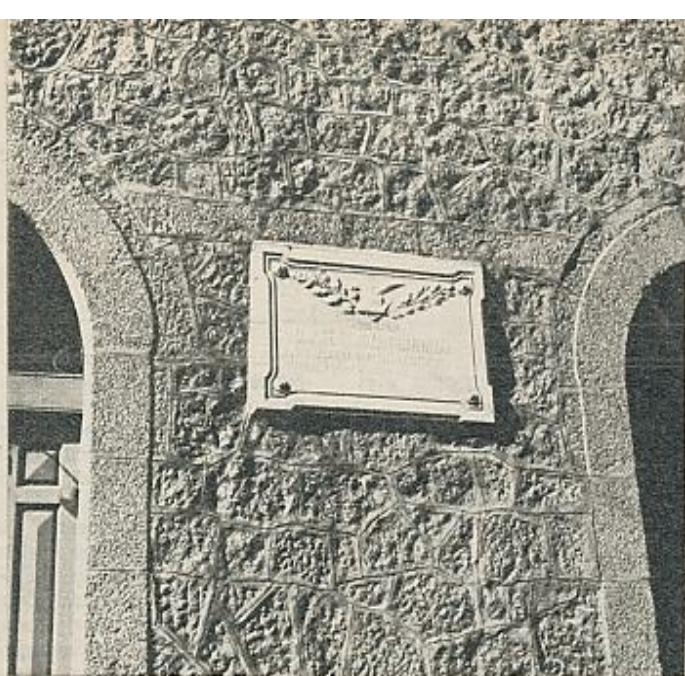
Tenía entonces Somoza treinta años y era aún desconocido como poeta, pues no publicó el primer tomo de sus *Obras* hasta 1834. Había nacido en 1781, en Piedrahita, en una casa de la calle de Jesús,

Noticia autobiográfica, donde nos cuenta que «era desaplicado y un vicioso; se acompañaba con la gente más perdida, vestía traje de torero, y sus menos culpables pasatiempos eran la esgrima y el juego de pelota... y había abandonado varias veces la casa paterna y aun corrido algunas ciudades de España en compañía de los estudiantes de la Tuna».

Recuerda también Somoza que Jovellanos se moría de risa oyén-

(1) De este olvido hay que exceptuar a Azorín, que evocó a Somoza en unas deliciosas páginas de *Al margen de los clásicos*; al profesor Manuel Ruiz Lagos, que le consagró una biografía en 1966, y a José Jiménez Lozano, que, atraído por su figura, le dedicó un sugestivo artículo en *Destino* (6 de marzo de 1969).

(2) El palacio fue restaurado en 1933, a iniciativa del entonces ministro de la República don Francisco Barnés, que lo dedicó a Escuelas Nacionales Graduadas.



Lápida conmemorativa de la casa donde nació y murió Somoza, en la calle de Jesús, de Piedrahita.

José Luis Cano

dole cantar canciones picarescas acompañándose a la guitarra, y que Goya elogiaba las caricaturas que hacía de amigos y conocidos. Quintana llegó a temer que su joven amigo acabaría en el cadalso. Pero la muerte de su padre, en 1797, cambió radicalmente su vida y sus costumbres. Abandonó la Universidad y se reintegró a la casa paterna. Todo parecía indicar que el joven Somoza, curado ya de sus locuras de estudiante, lograría un buen puesto en la Corte con la ayuda de amigos tan ilustres como Jovellanos y Quintana, y con el patrocinio de su amiga la duquesa de Alba. Pero Somoza pensaba de otro modo. Rechazó los puestos que le ofrecían y se encerró en las sierras y soledades de Piedrahita. Allí, entregado a sus musas y a sus libros, amigo y querido de todos —salvo de los absolutistas y del arcipreste—, vivió dichoso el resto de su vida, sin más zozobras y contratiempos graves que las persecuciones de que fue víctima por su condición de liberal y su fama de heterodoxo.

Pero, ¿cuál fue la ideología de Somoza? En la biografía que le consagró, nos da Ruiz Lagos curiosos datos sobre las ideas de Somoza y su talento enciclopedista y rousseauniano. Aparte de Quintana y Meléndez, quienes más influyeron en él fueron su maestro salmantino don Ramón de Salas, divulgador en España, con su otro amigo Toribio Núñez, de la moral utilitaria de Jeremías Bentham; el arcadiano de Avila don Antonio de la Cuesta, que fue perseguido por la Inquisición, de la que escapó por pies huyendo a Francia, y sobre todo, el

bibliófilo cuáquero don Luis Usoz, que se casó con una de las mejores amigas de Somoza, doña María de Acebal de Arratia, de la que nuestro poeta andaba enamorado y a la que dedicó versos. Cree Ruiz Lagos que no es posible explicarse la ideología librepensadora de Somoza sin contar con el magisterio de Usoz, hasta el punto de que se convierten ambos en «claros precursores del grupo krausista». Pero más bien parece que Somoza se inspira en Rousseau, y que acierta Lomba y Pedraja (3) al definirle como ejemplo «del filósofo moderno español del siglo XVIII, reflejo en la doctrina y en la vida de los filósofos de París». Somoza era deísta y filántropo, y amaba la *aurea mediocritas*, ideal que pudo realizar en la paz y soledades de Piedrahita, lejos de las malicias y oropes de la Corte. Pero era también contrario a toda Iglesia constituida, a todo dogma católico. En la iglesia —nos cuenta Lomba— no entraba nunca, y los domingos, mientras decían la Misa, se paseaba de largo a largo por el pórtico, y decía a quienes le reprochaban su ausencia de la iglesia, «que padecía un dolencia interna rebelde, y nada más maligno para ella que el aire de una iglesia». ¿Cómo extrañarnos que suscitara la inquina de los absolutistas? Cuando en mayo de 1814 lanzó Fernando VII los Decretos que suprimían la Constitución y restauraban la monarquía

(3) En el prólogo a la edición que hizo de las *Obras en prosa y verso*, de Somoza, libro hoy muy raro, publicado en Madrid en 1904. De él tomo algunas de las noticias que doy en este artículo.

absoluta, y fueron a la cárcel los políticos y los escritores liberales que habían luchado contra los franceses y a favor del Rey —Argüelles, Quintana, Juan Nicasio Gallego, Martínez de la Rosa, Sánchez Barbero y tantos otros—, mientras la hez absolutista gritaba por las calles de Madrid «¡Viva la religión! ¡Abajo las Cortes! ¡Viva Fernando VIII! ¡Viva la Inquisición!». y los partidarios de la Constitución eran insultados y recibían los gritos de «flamasones», herejes y judíos, Somoza se hallaba en Piedrahita, preocupado por la suerte de sus amigos. Muchos años después, recordaría en un artículo, *El riesgo de «La Pesqueruela»*, aquellos días malos para la libertad, en que su casa fue allanada, sus papeles registrados y él llevado preso a Madrid, no sin antes enterrar junto a un risco de la «Pesqueruela» un ejemplar de la Constitución, como símbolo de la libertad perseguida. Pero no fue esta la única persecución que sufrió. En 1823, tras el trienio constitucional, durante el cual fue nombrado jefe político de Avila y logró un acta de diputado, la vuelta del absolutismo representó para Somoza la prisión. Fue encerrado en la cárcel de Avila, que él había hecho mejorar siendo jefe político. Recuerda Somoza que «eran tantos los presos cuando él y su hermano entraron, que no les tocó otro albergue que la carbonera del edificio. De allí salieron a los cuatro meses. Su hermano había cegado, y él había contraído un penoso mal de piedra». Hasta 1834, ya muerto Fernando VII, no cesaron para Somoza las persecuciones. En la cárcel distrajo sus ocios traduciendo la *Hecyra* de Terencio. El Gobierno de Martínez de la Rosa le nombró presidente de la Diputación de Avila en 1834 y en 1836, año en que fue por última vez diputado a Cortes, pues rogó a sus electores que no se acordasen más de su nombre. Durante el trienio constitucional luchó en las Cortes por reformas avanzadas, que sorprendieron y disgustaron a sus propios amigos. En un curioso documento —*Condiciones y semblanzas de los señores diputados a Cortes para los años 1822-23*—, que publicó la editorial El Zurriago, se traza así la semblanza de Somoza diputado: «Vaya un gallito, bajito, gordito y templadito. Dice sendas verdades contra los de su tropa, y es enemigo acérrimo de cuantos tratan de coartar las libertades pú-

ALIANZA
EDITORIAL

EL LIBRO
DE BOLSILLO

Literatura

- *426
Pio Baroja
La feria de los discretos
- 432
Cesare Pavese
De tu tierra
- **436
Ignacio Aldecoa
Cuentos completos, I
- **437
Ignacio Aldecoa
Cuentos completos, II
- *439
John Dos Passos
De brillante porvenir
- 440
Heinrich Böll
Los silencios del Dr. Murke
- 447
Mijail Sholohov
Cuentos del Don
- *451
Ramón del Valle-Inclán
La corte de los milagros
- **453
Roger Martin du Gard
Jean Barois
- *455
Lewis Carroll
Alicia a través del espejo
- *457
Leopoldo Alas, "Clarín"
Cuentos morales
- *462
Narrativa peruana 1950-1970
Prólogo y selección de
Abelardo Oquendo
- 466
Adolfo Bioy Casares
Diario de la guerra del cerdo
- 468
William Golding
El dios Escorpión.
Tres novelas cortas
- 470
Samuel Beckett
Malone muere
- *478
Franz Kafka
La muralla china
- *482
Hans Christian Andersen
La sombra y otros cuentos
Selección y traducción de
Alberto Adell
Prólogo de Ana María Matute

DON JOSE SOMOZA, EL "LIBREPENSADOR" DE PIEDRAHITA



Palacio de los duques de Alba, en Piedrahita, tal como se halla en la actualidad, dedicado a escuelas.

blicas. Si llegase el día de determinar que el clero saliese de su celibatismo, y se declarase votación nominal, podríamos apostar un duro contra un cuarto a que oíamos al momento: "Somoza, siiiiilii".

En sus últimos años le describía así un paisano suyo, en página que recoge Lomba y Pedraja: «Era un viejecito flaco y pequeño, encorvado hacia delante, de movimientos inquietos, de mirada viva. Cuando andaba, llevaba la mano izquierda en la espalda, y se asia de una cachava con la derecha. Por las tardes, a la puesta del Sol, acostumbraba a dejar sus libros o sus trabajos, y salía a la plaza solo, a pasear rápidamente arriba y abajo por unas filas de losas que hay enfrente de la casa del Ayuntamiento». El mismo Lomba, que visitó Piedrahita a comienzos de siglo para preparar su edición de Somoza, nos dice que pudo ver un dibujo en que aparecía así su rostro: «Cara aguileña, frente ancha y prominente, labios delgados, ojos menudos, rapado el rostro a la navaja, y un gesto ligeramente burlesco». Desgraciadamente, no se conserva ningún retrato de Somoza, o, al menos, yo no he podido encontrar ninguno, a pesar de mis pesquisas. Es lástima que Goya no hiciera su retrato, como hizo el de tantos personajes —poetas, literatos, artistas— de la Ilustración. Pero cuando Goya le conoció, Somoza no era aún conocido como poeta,

no era un personaje digno de ser pintado.

La paz que consiguió Somoza ya en su vejez, en su retiro de Piedrahita, realizando su ideal de la aurea mediocritas, ni envidioso ni envidiado, no duró más que una docena de años. En 1851 —tenía ya Somoza setenta—, el arcediano de Piedrahita, don Victoriano Prieto, que no le perdonaba su inasistencia a la Misa y su liberalismo, denunció sus **Obras** al obispo de Avila, quien publicó un Decreto prohibiéndolas «por contener proposiciones falsas, temerarias, injuriosas a la autoridad de la Iglesia, escandalosas, contrarias a la palabra de Dios, **sapienter heresim**, perniciosas, malsanantes e inductivas al materialismo y al panteísmo...». Medio siglo antes y Somoza hubiera ido a parar, como don Pablo de Olavide, a los calabozos de la Inquisición. Pero en el año 1851 pudo defenderse, y escribió al obispo alegando que sus libros no atentaban ni a la religión ni a la moral. Contestó el obispo y hubo un cruce de cartas entre ambos. Esta correspondencia, que yacía olvidada desde hace ciento veintidós años en el Archivo Episcopal de Avila, ha sido encontrada recientemente, y publicada por el erudito abulense don Arsenio Gutiérrez Palacios. Arroja mucha luz

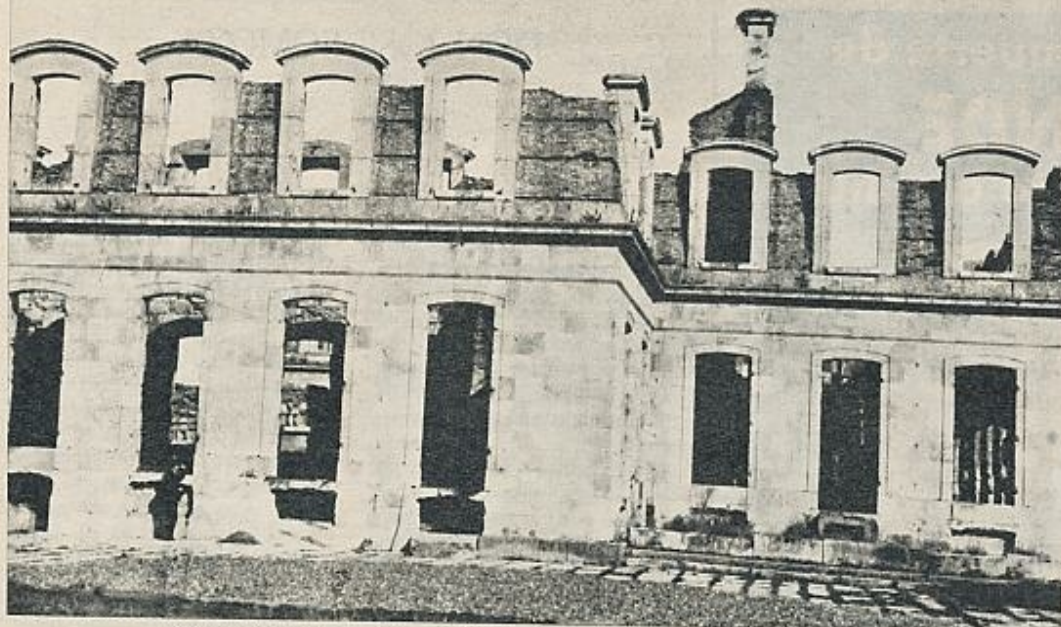
sobre la ideología religiosa y el talante moral de Somoza.

Las zozobras de Somoza por las persecuciones de que fue víctima no iban a terminar ni siquiera muerto. Estaba visto que hasta la paz del sepulcro iba a ser negada. Había expresado más de una vez su deseo de ser enterrado en el campo de la «Pesqueruela», la finca de su familia, pero tampoco este deseo se cumplió. La historia de su entierro merecería ser contada con detalle, pero no hay espacio ya para ello. He aquí, resumido, lo que ocurrió: cuando muere Somoza, el día 4 de octubre de 1852, el arci-

preste de Piedrahita, don Victoriano Prieto, alegando que cumplía órdenes del obispo, se negó en redondo a dar sepultura eclesíastica al cadáver, por no haber querido Somoza recibir durante su enfermedad los Santos Sacramentos. Era una buena oportunidad para haberle enterrado en la «Pesqueruela», cumpliendo así el deseo del poeta, pero su familia acudió al alcalde insistiendo en que se le enterrara en el cementerio, y que abriese una información de testigos, que demostraría que Somoza no se había negado a recibir los Santos Sacramentos. Pero a pesar de que



Maria Teresa Cayetana, duquesa de Alba, por Goya.



Palacio de los duques de Alba, en Piedrahita, destruido en la guerra de la Independencia.

la información fue favorable, y de que el alcalde le insistió para que preparase el entierro católico de Somoza, el arcipreste volvió a negarse a ello, diciendo que había consultado al gobernador eclesiástico de Avila, cuya resolución esperaba. En vista de lo cual, el alcalde envió la información de testigos y el expediente al gobernador de Avila para su decisión. Entre estas idas y venidas, oficios y encuestas pasaron dos días, y el cadáver del pobre Somoza, además de frío, debía estar clamando al cielo por semejante ultraje. Las gentes de Piedrahita, del pueblo

EL torrente ha callado. Una columna de hielo descende desde lo alto de la roca hasta el profundo estanque en que la luna refleja un momento, llevada rápidamente en un trono de nubes agrupadas como los precipicios que rodean la cumbre de Peña negra; el viento de cuando en cuando sacude las altas copas de los robles de La Pesqueruela. Las sombras que forman se cruzan en el bosque como espectros amenazadores. El silencio de la noche reina melancólicamente, interrumpido sólo por el grito del cuervo, posado sobre un risco del bosque, el risco del sepulcro, el risco de las lágrimas. Allí es donde termina algunas veces el paseo del poeta solitario; al pie de aquel risco reposa y medita sobre la desgraciada suerte de su patria. Patria, voz funesta en las habitaciones de los hombres, y que el bueno, para pronunciarla, tiene que buscar el desierto o las cavernas del monte de La Jura.

Ramona, Paula, María, ¿queréis saber mi historia en aquel risco? Escuchad, y cuando la juventud os pregunte cómo y por qué dificultades y amarguras se ha conseguido la libertad pública, cantadla el cuento del risco de La Pesqueruela.

Es necesario que la memoria retroceda veinte años. Era el año de 1814; era un día de mayo, y eran las seis de la tarde, cuando mi ahijada Cecilia, que apenas sabía andar, entró en mi cuarto llorando, y me dijo: "Esta carta de parte de mamá, que la ha escrito papá desde Madrid". En ella se referían las prisiones de todos los buenos. El primer nombre que hirió mi vista fue el de Argüelles. No había acabado de leerla, cuando voces tumultuosas y tiros de fuego llamaron mi atención. La calle estaba inundada de pueblo, una procesión, dirigida por el clero, paseaba el retrato de Fernando VII gritando: «Viva la religión y mueran los impíos». En medio del alboroto, se escuchaba una voz de mujer que decía: "Ingratos, infames, no entráis; le defiende yo, y daré de pu-

ñaladas al que llegue al umbral de la puerta". Algunas otras mujeres defendían también la puerta a los que querían entrar en mi casa; se había hecho correr la voz por los clérigos de que Argüelles estaba oculto en ella. Quien se oponía era Leonarda, la mujer de un herrador del pueblo. Era joven y habla servido en casa de mis padres. Yo la vi desde lo alto de la escalera, suelta la trenza del pelo, descubierta la espalda y el pecho, por haberla rasgado el vestido. Tenía un cuchillo en la mano, e insultaba a la canalla diciendo: "Bribones, el día de Pascua vendréis a recibir el

acudido al pueblo y enterados del asunto, habían tomado sus escopetas para defenderme, y les acompañaban sus mujeres, y Leonarda al frente. Al cabo de algún tiempo cesaron las voces y pude descansar. Al siguiente día monté a caballo y atravesé el pueblo para ir a La Pesqueruela. Todo estaba tranquilo en las calles y la plaza; todos me saludaron con respeto. Llegué al bosque de La Pesqueruela, y me senté al pie del risco, cuyo musgo verdegueaba ya por el rocío de la primavera. Al pie de este risco enterré el libro de la Constitución, que traía conmigo. Lloré por mis ami-

mi padre, el guarda del monte, nos contaba el bien que nos había hecho su padre de usted. Una vez, mi pobre padre estando en cama con un brazo roto, envió el señor D. Ignacio a un catedrático de Salamanca, que había venido a curar a su madre de usted, para que curase el brazo a mi padre. Desde entonces, siempre que usted pasaba por mi puerta, me llamaba mi padre la atención, y decía: 'no negará la casta'. Me acuerdo que una tarde de verano, tendría usted nueve años, saltó usted la cerca de nuestro huerto, y se subió usted en el guindo; comenzó usted a echar abajo las ramas con las guindas, y luego se tendió usted a dormir debajo del árbol. Mi madre, que había conocido a usted, me dijo: 'El es travieso; pero, anda, coge una rama del árbol y estáte a su lado quitándole las moscas para que duerma'. "¿Pero después no me has vuelto a ver?", dije yo. "Sí, señor, en Madrid, porque yo serví en casa de Berganza, el apoderado de la duquesa de Alba, y le vi a usted en casa y en la de la duquesa con su padre de usted". "Pero, bien, ¿por qué me quieres ahora, que soy liberal? ¿Sabes tú si eso es bueno?". "Sí, señor, porque veo que los malos no les pueden ver, y es liberal mi marido, y le quiere a usted tanto como yo. Mire usted lo que dijo mi Pepe el otro día, comiendo con su sobrino el cura de Sebastián Pérez y con mi cuñada la molinera de La Cañada; dijo mi marido, hablando de usted: 'Como ésta es gracia de Dios —y cogió el pan de la mesa—, que me alegrara de que a don José le gustara mi mujer para tener un hijo de su sangre'. "¿Y tú, qué decías?", la dije yo. "Dijo el cura de Sebastián Pérez que me puse colorada. Pero cátese usted, señor D. José, en pasando estas cosas, porque mi marido dice lo que todos, que se van a acabar los Somozas y se pierde el pueblo". Entonces reparé que lloraba, y las lágrimas caían en mi mano, que tenía asida la suya. ■ JOSE SOMOZA.

Una página de José Somoza

«EL RISCO DE "LA PESQUERUELA"», O LOS ABSOLUTISTAS EN PIEDRAHITA

pan de la limosna, pero hoy seré yo quien os reciba". Y habiendo intentado algunos agruparse, cerró la puerta de golpe, y subiendo y abriendo un balcón de mi casa, dijo a las demás mujeres que estaban en la calle: "Id a tocar a fuego para que los hortelanos de las huertas acudan". En un momento se oyeron las campanas, y la procesión siguió su camino. Ya había anochecido. Leonarda, por mi orden, tomó en brazos a la niña Cecilia para llevarla a su casa; los criados no se atrevían a salir, yo tampoco me atrevía a mandárselo, ni sabía qué resolución tomar, y me paseaba solo y pensativo por el corredor que da sobre el jardín. Pronto volvieron a escucharse gritos a lo lejos y tiros de salvas: «Viva la Inquisición y viva el Rey», gritaban. Pero otros gritos, también a lo lejos, les contestaban: «Viva Leonarda y don José Somoza». Estos eran los vecinos de las huertas, que habiendo

gos de Madrid, y me recosté sobre la capa para descansar. Allí meditaba sobre el destino de los hombres de bien, cuando una voz agradable de mujer, que venía cantando canciones del país, me obligó a alzar la cabeza. Era Leonarda, y parecía el genio del bien, que acudía al socorro del inocente desgraciado. Llegó a mí, y entregándome un bolsillo, me dijo: "Este es el dinero que entre mi marido y otros se ha podido juntar para usted, porque mi marido dice que debe usted marcharse, sí, señor, y buscar otra tierra donde no se persiga a los hombres como usted", y lloraba y me apretaba la mano. Yo la obligué a sentarse a mi lado, y la dije: "Pero, muchacha, ¿por qué te interesas tanto por mí? ¿Eres liberal? Yo apenas te conozco: ¿no eres recién venida de Madrid y estás casada con Pepe el herrador?". "Sí, señor —me respondió— y yo le he querido a usted siempre, porque

La caída y muerte de ALLENDE relatada minuto a minuto

OPERACION CHILE

por Varas y Vergara



EDITORIAL POMAIRESA

SALE DE FABRICA EL 124-D NUMERO 300.000

De las líneas de montaje de la factoría Seat en Barcelona ha salido la unidad número 300.000 del modelo 124-D. Este coche fue el que registró mayor producción y ventas en España el año pasado, junto con el Seat 127, alcanzando una cifra de casi 80.000 unidades entre sus tres versiones: Berlina, 5 Puertas y LS.

Por otra parte, tanto la versión Berlina del 124-D como el 5 Puertas, tienen ahora una sustancial mejora. Se le ha modificado, fundamentalmente, la culata y el árbol de levas, conforme a la misma técnica aplicada al 1430 «potenciado» y al 124 LS, de forma que, sin el menor aumento de cilindrada ni de compresión (que sigue siendo de 8,8 a 1 para garantizar la durabilidad de la mecánica), el motor aumenta su cabalaje. La ganancia neta es de 5 CV. (DIN), de forma que la potencia máxima es ahora de 65 CV. (DIN), que lo sitúa en destacada posición dentro de la cilindrada 1.200 c. c. Por otro lado, este incremento de potencia real no se traduce en aumento de impuestos.

Finalmente, cabe resaltar las positivas consecuencias económicas derivadas de la renovada mecánica, ya que gracias a su superior potencia el 124-D mejora de rendimiento. Por otro lado, aumenta también la seguridad activa, al permitirle retener mejor en las bajadas y efectuar los adelantamientos en menor tiempo, gracias a la mejorada relación peso-potencia.

EL HUMOR EN FAVOR DE LA ANCIANIDAD

Se ha realizado el *Calendario del Humor 1974*, editado por la Fundación Formidables, para ayudar a la ancianidad desvalida. Este calendario, en el que han colaborado Mingote, Serafin, Cesc, Munoa, Carlos, Madrigal, Pablo, Máximo, Dátile, Mena, Summers, Perich y Dieter Wagner, se puede adquirir al precio de cien pesetas en cualquier emisora de la Cadena SER, o solicitándolo por Correo al apartado 14.510 de Madrid.

DON JOSE SOMOZA

llano, que quería a Somoza, comenzaban a indignarse y a mostrarse inquietas. Por fin, el día 6 —Somoza había muerto el día 4— se recibió la resolución del gobernador, en que se ordenaba al alcalde «que suplique al señor arcipreste que permita el entierro del señor Somoza; que si éste se negase a ello, le entierre en cualquier paraje menos en el campo santo público, y que dicho arcipreste instruya un expediente de averiguación de si Somoza dio en sus últimos momentos pruebas de cristiano» (4). El arcipreste instruyó el expediente, en el que fueron testigos el médico que había asistido a Somoza, dos amigos suyos, una sobrina del poeta y otra amiga de la casa. Resultando de sus declaraciones algunas pruebas del deseo de Somoza de morir como cristiano, fue por fin enterrado, dándosele sepultura eclesiástica. Cuando Lomba y Pedraja visitó el cementerio, a comienzos de siglo, su nicho se hallaba a ras del suelo, lo cubría una lápida de mármol con la siguiente inscripción: «Cedido a perpetuidad por el Ayuntamiento de esta villa a don José Somoza y Carvajal. Falleció el 4 de octubre de 1852. Sus sobrinos. D. E. P.». Esta lápida desapareció años después, no se sabe cuándo, siendo sustituida por otra, que mandó instalar a su costa un admirador de Somoza, italiano, profesor de la Universidad de Madrid y veraneante muchos años en Piedrahita. Pero esta segunda lápida

corrió la misma suerte que la primera. ¿Desapareció quizá durante la guerra civil, en que el «hereje» Somoza debía estar mal visto? El caso es que cuando, hace unos meses, estuve en Piedrahita y fui al cementerio para ver la tumba del poeta, comprobé con sorpresa —y con pena— que el nicho que guarda sus restos no tiene ninguna inscripción. Y si sabemos hoy cuál es su nicho, es porque aún quedan testigos —admiradores de Somoza— que recuerdan la lápida desaparecida y el lugar del nicho. Quiero dejar aquí constancia de sus nombres: don Félix Pacheco, el poeta Gaspar Molsés Gómez y don Doroteo Ontava, quienes en 1957 hicieron revocar y cementar el nicho, dado el aspecto lamentable que presentaba. Desde entonces, ni el Ayuntamiento de Piedrahita, ni el Instituto Cultural Gran Duque de Alba, dependiente de la Diputación Provincial de Avila, han hecho nada —que sepamos— para que la tumba de Somoza tenga una lápida que recuerde que allí están enterrados sus restos. Ha pasado más de un siglo, pero aún no se le perdona su liberalismo, su independencia de espíritu, su heterodoxia. Y menos mal que aún se conserva en la casa donde nació y murió una lápida que lo recuerda, instalada en 1914. Dice así: «Aquí nació don José Somoza y Carvajal, apóstol de la cultura, filántropo, escritor y poeta. Homenaje de Piedrahita y sus admiradores». Sesenta años después, ¿no es hora ya de que Piedrahita se acuerde de su poeta y le haga el homenaje que merecen su vida y su obra, su amor a la libertad y a su pueblo? ■ J. L. C.

(4) Según *El Clamor Público*, número del 10 de octubre de 1852. Citado por Lomba y Pedraja en su edición de Somoza.



Piedrahita, bajo la nieve.